

¿Dónde está el cielo?

Uno

Cuando me levanté y me vi en el espejo, no podía creerlo: ¡era un ser humano! Volví a tener una piel blanda, un par de ojos y la necesidad de respirar. Todo esto me generaba una gran inquietud; no sentía que fuera lo correcto verme así. Sumido en el asombro del momento, había ignorado otros pensamientos, los cuales me golpearon y estremecieron.

No eran más que mis recuerdos de todos estos largos años. Las dudas se transformaban en certezas que se apilaban en mi subconsciente; todas estas memorias “líquidas” solo me desesperaban, ya que no me daban el alivio de creer que era un sueño, al contrario, cada segundo todo se volvía más real.

La ansiedad se reflejaba en espasmos y rabia, que intenté apaciguar golpeándome la cabeza contra el espejo. Una vez, al ver la sangre salpicada, me quedé inmóvil.

Sangre

Todos le temíamos a la muerte, y ver cualquier indicio de ella nos aterraba, pero pese a eso, no entendí la razón de quedarme congelado al ver mi propia sangre, llámenme ridículo, pero fue esta sensación que la me volvió a recordar que, era un ser mortal.

Es como si alguna ilusión se rompiera.

Disfraz

No recuerdo la necesidad de usar ropas, pero sentí la urgencia de hacerlo, decidí improvisar prendas de ropa con lo que tuviera a mi alcance; más que ropa, era un cúmulo desordenado de telas.

Salí a la calle y vi a quienes hasta hace poco eran mis iguales: seres esqueléticos con una fina capa de piel, sin dientes ni cabello, que usaban ojos de vidrio y, pese a su terrible aspecto, se mantenían vivos.

Es curioso pensar en ello, como si recién asimilara que ambas cosas eran incompatibles; jamás antes me había percatado.

Los cuestionamientos seguían, no solo sobre el aspecto de estos seres, sino sobre su forma de vivir. Un día común se resumía en despertarse, caminar, charlar, volver y dormir.

Tal vez no sonara mal, y en realidad nunca lo percibí como algo negativo, pero no puedo evitar lo evidente: jamás he oído hablar de alguien que trabajara, tuviera hijos o viviera de manera diferente.

¿De qué se charlaba entonces? De los sueños. Lo mejor era contar lo que habías soñado y escuchar los sueños de los demás, para así crear nuevos sueños.

Corrí entonces hacia una plaza, la cual se solía llenar de esta “gente”, allí los encontré charlando.

—Así es, soñé ver que, en el horizonte, el cielo parecía un lienzo en constante cambio. Era un manto infinito que pulsaba en colores. Había instantes en que se mantenía su azul profundo, y en otros, adoptaba tonos anaranjados y rojizos, como si el firmamento mismo estuviera vivo y respirara. La luz que provenía de ese cielo no se comportaba como la luz del sol; era etérea, casi intangible, y parecía emanar de la propia esencia del lugar...

—¡Amigos! —grité.

—Veo que interrumpes la hora de las historias, ¿qué sucede? —respondió alguien en la multitud.

—¿No se dan cuenta de lo que ha ocurrido? ¿No se dan cuenta de que ya no pueden ver? ¿Que ya no pueden comer? —Nadie entendió.

Esto me desesperó. Buscaba palabras para explicar este absurdo, pero solo me tomaban por incongruente.

—¡Los humanos necesitamos comer para no morir, necesitamos ojos para ver, necesitamos músculos para movernos! —Me sentía idiota tratando de explicar esto.

—Suenas a un sueño bastante original —comentó alguien, tocándome la espalda.

¿Lo habían olvidado o me ignoraban? Es cierto que hacía muchos años que ya no era necesario, pero no puedo asumir ser el único que lo recuerda.

—¿Ya ha terminado? Tengo un sueño realmente espectacular que contarles.

No pude explicar por qué la desesperación se transformó tan velozmente en furia. Golpeé a ese hombre directamente en la frente, con una fuerza que hacía años no sentía, y él cayó al suelo.

Nadie se impactó. El hombre se levantó como si nada y procedió a decir:

—Contare el sueño con detalle.

Impactado al ver a aquel sujeto ileso y sin reacción a mi ataque, algo en mí me hacía sentir que no debía seguir tratándolos como los míos.

Una parte de mí buscaba ser juzgada por el acto, pero solo recibí indiferencia.

Duda

Busqué algo filoso en el suelo. Mis dedos encontraron una pequeña roca y, con fuerza, la arrastré por mi piel.

De esta misma salió sangre y lo que sentía, ese impacto al verla, regresó con fuerza. Así que me senté y miré el cielo, en busca de alivio.

Estaba atrapado en un dilema: por un lado, la fragilidad de ser mortal me inquietaba; por el otro, la idea de formar parte de ellos me resultaba insoportable. Tal vez seguían con vida, pero solo en el sentido más básico de la palabra. Fuera como fuera, me sentía solo.

Vida

Pasaron los años. Y, a diferencia de los demás, yo necesitaba comer, así que conseguir alimento fue algo complicado. Un pequeño resumen de mi vida era: levantarme, desayunar, hacer ejercicio, aprender sobre algún tema, almorzar, ver las estrellas, hacer caminatas nocturnas, cenar y dormir. Todo esto, por alguna razón, me hacía sentir una gran felicidad.

Había estado este tiempo pensando en la muerte, no quiero tener el atrevimiento de decir que no me importa morir, pero quiero puntualizar una pequeña reflexión

Uno tiene más miedo a sufrir que a morir, a lo desconocido del asunto.

¿Y si vivimos entonces en este barco que en cualquier momento se hunde, cuál es la necesidad de atormentarse y no disfrutar el viaje?

Tal vez mi muerte incluía dolor o pena, pero ya tendré tiempo infinito en algún 'más allá' para pensar en ello, o, por el contrario, no tendré ningún tipo de tiempo para reflexionar sobre eso y tendré un descanso eterno en la nada.

Marca

Y bueno, los otros seres seguían ahí. Para lo único que me servían era para charlar un rato, así al menos no perdería tanto la cabeza. Ya había abandonado la esperanza de que alguien me comprendiera.

—Anoche soñé con un extraño símbolo; Eran tres líneas dentro de un círculo, ubicadas en el brazo de un hombre. —Fue uno de los sueños que contaron, destacándose porque a partir de ahí iniciaron mis dudas.

—Ah, soñé algo similar, solo que este símbolo estaba en la pierna de un hombre —decían.

Pronto comenzaron a hablar más y más, cada uno asegurando que el símbolo se encontraba en una parte diferente del cuerpo, como si solo quisieran contradecir al anterior.

Era la primera vez que oía que todos compartieran un mismo sueño, pero no me generó grandes expectativas.

Entonces, siguiendo la corriente del asunto, me atreví a decir que el símbolo estaba en la frente del hombre...

Esto no fue real; jamás soñé con dicho símbolo y fue solo una excusa para sacar participar en la conversación, pero, quién sabe, esto provocó algo impensable para mí.

Estos seres se voltearon en mi dirección y, a partir de ese momento, nunca más se dirigieron la palabra, ni a mí, ni entre ellos.

Levantar

Meses pasaron. Cada vez que caminaba por la zona, me seguían con el movimiento de sus cabezas.

Aunque no consideraba las charlas con ellos muy estimulantes, eran importantes para mí. Había una parte mía que quería hacer el rol de salvador con mi especie.

Les grite lo mismo de siempre:

—¿QUIEREN HABLAR DE LOS SUEÑOS? —pero no respondían.

Me acerqué a uno de ellos, con la curiosidad de tocar su piel. La sensación era seca y fría; más que piel, parecía estar tocando un hueso cubierto por una fina capa de plástico.

Aproveché para mover los vidrios de sus ojos, cambiándole la expresión de forma casi cómica. Sin embargo, tras un rato, la diversión se tornó incómoda. Para evitar sentirme juzgado, comencé a retirarles las prótesis de vidrio a cada uno, me inquietaban. Aun así, sus cabezas seguían apuntando hacia mí, solo que ahora, en lugar de sus ojos artificiales, lo primero que notaba eran sus cuencas vacías y oscuras.

Me acomodé frente a ellos, sumido en recuerdos. Sí, efectivamente, en algún momento fui uno de ellos, y no puedo recordar algo más que la rutina que nos consumía día tras día. La infancia para mí, nunca fue más que un concepto vacío, una idea ajena a mi experiencia. Tampoco tengo certezas sobre mi verdadera edad. A simple vista, mi apariencia indica que rondo los veinticuatro años, pero sé con certeza, que hemos vivido incontables años más, tantos que cualquier noción del tiempo se ha vuelto difusa e irrelevante.

Si hemos prolongado artificialmente nuestra existencia, ¿cuántas décadas, cuántos siglos habremos pasado sumidos en esta forma de vida?

En un intento por llamar la atención, recordé el símbolo del que tanto hablaban y lo dibujé en mi frente, esperando que ese acto provocara polémica y al menos los hiciera hablar.

Al hacerlo, se levantaron al unísono y, finalmente, se movieron. Sus pasos estaban sincronizados en una inquietante armonía. Sin pronunciar palabra, caminaron hacia mí con un propósito inquebrantable. A medida que se acercaban, sentí cómo el aire a mi alrededor se volvía denso, cargado de una tensión insoportable. Pronto, sus figuras me rodearon en un círculo cerrado.

Intentaron sujetarme de los brazos, extendiendo sus manos huesudas con movimientos precisos. Sabía que era más fuerte que ellos, pero no importaba. Me resistí con todo lo que tenía, golpeando con furia a los que osaban a sujetarme. Sin embargo, por más daño que intentara infligir, ninguno de ellos parecía afectado. Cuando uno caía por el impacto de mis golpes, se incorporaba de inmediato, su cuerpo intacto, sin signos de dolor o cansancio. Sus expresiones permanecían inalterables, vacías, como si no comprendieran el significado del sufrimiento.

En cambio, yo sí lo sentía. Mi respiración se volvió errática, mis músculos ardían por el esfuerzo y, con cada segundo que pasaba, mi resistencia disminuía. Eventualmente, la multitud me superó en número y en persistencia. Me atraparon, inmovilizándome sin esfuerzo aparente. Entonces, uno de ellos me golpeó con la frente, haciendo chocar su cráneo contra el mío con una fuerza brutal. Su piel fina e intacta no mostraba daño alguno, mientras que de mi cabeza comenzó a brotar sangre, roja y cálida, como la de cualquier humano normal.

En medio de aquel siniestro encierro, el frío y la penumbra se adueñaban de mi existencia, haciendo que cada latido se convirtiera en un eco distante de desesperación. Sus ojos, vacíos y helados, me observaban con una calma perturbadora, mientras mis gritos se ahogaban en un aire opresivo. La sombra de la fatalidad se extendía a cada instante, arrastrándome inexorablemente hacia un destino oscuro y desconocido, donde el terror se volvía tan palpable como la soledad que me consumía.

Veía toda esa sangre caer, y me sentía vivo.

Dos

Cuando murió el último ser humano, el mundo cayó en un silencio ensordecedor. El cielo se transformó de su clásico tono azul a un inquietante tono carne, un color que parecía emanar una vida macabra y, a la vez, presagiar un destino inevitable. En ese preciso instante, las criaturas de toda índole fueron arrastradas hacia las alturas, elevándose sin control hasta que, al chocar contra una inmensa pared compuesta de carne palpitante, quedaron suspendidas en un estado de existencia torpe. El firmamento dejó de ser un mero lienzo vacío, convirtiéndose en una masa viva que parecía devorar todo a su paso.

Entre el caos celestial y el horror terrenal, descendió un ser etéreo, extraordinariamente alto y delgado, que se deslizaba hacia el suelo como si trajera consigo la esencia de la fatalidad. A cada paso que daba, su figura se transformaba de manera inquietante; su cuerpo, frágil y alargado, comenzaba a inflarse lentamente, como si una fuerza interna lo llenara de una vitalidad foránea. La hinchazón creció de tal manera que se volvió insostenible, culminando en una explosión que rasgó el aire con un estruendo sobrenatural. De ese estallido surgieron innumerables fragmentos humanos, dispersos en el vacío, que de manera inexplicable se unieron y reorganizaron para formar nuevos Homo sapiens, seres que emergían como un reflejo perturbador de la humanidad perdida.

En medio de aquel espectáculo macabro, el ser que se había reventado, semejante a un globo desinflado, se pronunció:

—Fui creado con el propósito de que los seres humanos desarrollen uno. No soy un dios, ni provengo de otro mundo; mientras ustedes serán una parte de mi existencia, yo seré parte de todas sus vidas.

Sus palabras, cargadas de una enigmática fuerza, se esparcieron en el ambiente con la misma rapidez con la que el horror se apoderaba de cada rincón. Nadie comprendió de inmediato el significado de aquel mensaje.

El cielo comenzó a dirigirse fuerte y velozmente hacia este ser, entrando por su espalda, y así, este ser se desvaneció, llevándose consigo a la antigua sociedad de muertos en vida.

Solo una cosa se podía saber, y es que una nueva generación de humanos había emergido.

Después

Los humanos que vivieron el suceso, basaron aquel día en sus religiones, teorías y leyendas, intentando buscar sentido a lo inexplicable y a sus propias existencias, ellos creían que eran los primeros seres así en la tierra. Con el transcurrir de los años, el recuerdo del acontecimiento fue menguando, sumergiéndose en el olvido colectivo, así como siempre ha ocurrido.

Sesenta siglos transcurrieron, y en una sociedad irreconocible, donde la imagen original del ser humano se había transformado en algo ajeno y distante, emergió una figura que portaba en sí la esencia de la juventud perdida. En una noche oscura y tormentosa, se manifestó nuevamente la forma ancestral. Un nuevo ser descendió del cielo, reactivando el ciclo eterno de creación y destrucción. Justo antes de ser absorbidos por el implacable manto de carne que ahora cubría el firmamento, los supervivientes, con terror comprendieron al fin el enigmático propósito del ser.

El mensaje retumbaba en sus mentes, mezclando asombro y terror: la vida y la muerte no eran sino manifestaciones de un ciclo sin fin, una danza macabra en la que cada ser, cada fragmento humano, tenía un destino predestinado. En ese preciso instante, en medio de una atmósfera cargada de suspenso y misterio, se hizo evidente que la existencia humana se hallaba atrapada en una red de fuerza impuesta. El tiempo parecía detenerse, y bajo ese cielo carmesí, la humanidad se enfrentó a su destino con una mezcla de resignación, desesperación y un temor a la muerte.

Nuevos humanos nacieron, quienes creían que eran los primeros en la tierra.